

Doctor Crozeo. -

574 ★

A. ZAMBRANA



DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA NOCHE

DEL 1.º DE MAYO EN EL SALÓN

DEL CONGRESO NACIONAL

RECONSTRUIDO SOBRE LAS NOTAS

TAQUIGRAFICAS DE DON DAVID HINE

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

1895

TIPOGRAFÍA DE VICENTE LINES



Imagen de consulta DGAN

Señoras y señores:



L 1º de Mayo es un símbolo indeleble en la historia de Centro América, un día marcado con luz en los fastos de Costa Rica. En ese día quedó virtualmente terminada la campaña de la independecia centro-americana, por más que la obstinación insolente del invasor extranjero hubiera de atraer sobre su cabeza el castigo harto merecido de 1860. El día 1º de Mayo de 1857 salta de Rivas para volar por todas partes, lanzada por cierto por una mano costarricense, la buena nueva de la victoria decisiva, y es imposible que no recordeis con júbilo inmenso y con sentimiento de legítimo orgullo el acontecimiento memorable. Por lo que en aquellos días se hizo, por la sangre por vuestros padres vertida, por su indiferencia hacia la muerte, por ellos heroicamente desafiada, por privaciones y dolores cuyo recuerdo hace palidceer, por su ingente ánimo, por su empeño vigoroso, por su resolución inquebrantable, por el pecho firme que opusieron, como muro no tomado, al paso del conquistador, sois ahora un pueblo, una sociedad que vive por sí, un grupo humano que tiene personalidad y nombre propio: suerte envidiada por otros sin ventura, destino en realidad grande y hermoso. No fué aquella una de esas guerras que llenan con su estrépito el mundo, notable por los grandes ejércitos que pelean, por el lago de sangre que dejan á su paso; no hay en ella nombres como Austerlitz y Marengo, ó como Solferino ó Sadowa; recuerda, empero, otras que tienen página más brillante y leida en el libro de la Historia que todas las campañas Napoleónicas, las hazañas de las diminutas repúblicas Griegas cuando fueron asaltadas por el Asia: vosotros teneis vuestro Maratón y vuestra Salamina, teneis un recuerdo nacional glorioso que hace pensar en el desfiladero de las Termópilas. ¿Qué importa, en realidad, el número de los combatientes y el fragor de las armas? Para fijar el valor humano del suceso, lo que hay que establecer es el carácter de la lucha, la causa de la pugna, las virtudes de los que combatieron, el resultado que pendía de la victoria. Lucha de menor tamaño fué la de los Horacios y Curiacios, que ha inmortalizado la Historia; luchas análogas en el tamaño á la vuestra son las que dibujó en mármol indestructible el estilo de Homero. Soldados fueron los vuestros de la libertad y la justicia; la falange de la patria; el regimiento que bastó para afirmar en América la independecia de nuestra sangre, el derecho de posesión de nuestra familia, un grupo, sí, pero un grupo de leones;

día es este que conmemoramos en que, por lo mismo, debéis traer, ante el pensamiento la imagen de aquellos soldados humildes, de aquellos próceres modestos, de aquella democracia sin oropeles, de aquellas costumbres sin vicio, de aquel heroísmo sin arrogancia, de aquel pueblo sencillo y valiente, laborioso y honrado, — ocasión, escenario y personal del drama patético y solemne, que dejó, en su desenlace, alta y bordada de laurel vuestra bandera, limpio de extraña opresión el patrio suelo, cimentada entre vosotros la tradición gloriosa de que la tempestad de la guerra barriendo ó incendiando los hogares, la casa sin hijos, la colmena sin abejas, los pensiles sin flores, los pequeños huérfanos, las doncellas sin novio, la madre anciana sin amparo, el veneno de la peste unido á la segur de la batalla, el campo abandonado, la cosecha perdida, la semilla seca y aventada, el hospital lleno de enfermos, la llanura llena de tumbas, los sobrevivientes inválidos ó heridos, el horro gastado, la caja de la Nación vacía, los caminos sin componer, el taller cerrado, la escuela sin maestros y sin discípulos; — la tradición gloriosa de que el desastre y la muerte, el suicidio de un pueblo, toda desgracia sin excepción es preferible á la vileza del extranjero despotismo.

Como amigo de Costa Rica y como devoto de los ideales excelso que alumbran la marcha de la Historia, entiendo que es buena obra la de señalar las grandes líneas que marcan el cuadro de los sucesos á que me refiero, para que obtengamos juntos las lecciones que de su contemplación resultan. ¡Y cómo no habría de ser provechoso retemplar el alma en aquella fuente pura de democracia sincera, de heroísmo altivo y de patriotismo fervoroso! Creo que volviendo la vista hacia aquellos tiempos y hacia aquellos hombres experimentaréis, como yo, la delicia que suele gozarse, — y aun este placer es más intenso, elevado y fecundo, — la delicia que se goza ante los grandes monumentos del arte y ante los grandes espectáculos de la Naturaleza, porque los prodigios de las artes del dibujo, los restos de los templos clásicos, los mármoles de un Miguel Angel ó de un Canova las pinturas de un Rafael ó de un Correggio, y aun los poemas de un Milton ó de un Goethe, la música misma de un Beethoven, la Aurora que atraviesa con rayo de oro el velo de sombras de la noche, ó el mar moviendo las gigantescas olas hasta romperlas en la roca de la orilla, producen gozos menos grandiosos y menos sugestivos que la realización de lo bello y de lo sublime hecha á través de la miseria humana, en el oleaje de la Historia, que la encarnación de lo ideal en la realidad, que la trasfiguración de los egoísmos, de las cobardías y de las condescendencias que forman el espectáculo ordinario de la vida, en las abnegaciones generosas, en los hermosos atrevimientos, en los nobles martirios; que si lo bello siempre eleva, no hay hermosura que se equipare en lo eficaz y en lo trascendente á la moral belleza, no hay trozo de piedra convertido en estatua soberbia que pueda compararse á la colonia Norte-Americana alcanzando la potencia más alta de su expresión en las virtudes de un Washington, á la colonia Hispano-Americana levantándose hasta la altura de un Bolívar; no hay página de catecismo, ni prédica elocuente, ni horizonte dilatado, ni levante de estrella, ni milagro de arte que fortifique y restaure las fuerzas de la voluntad para el bien, como la contemplación en la vida, de un hombre ó de un pueblo que atraviesa la calle de la Amargura llevando sobre los agobiados hombros la cruz de su heroico, voluntario sacrificio; de una generación que se abre las venas para librar á su descendencia del yugo de la esclavitud; de una sociedad humana que azotada por el infortunio se lanza intrépida, como la de vuestros padres, á las cimas del patriotismo y del

valor; mansa, humilde y plebeya hasta el día antes, se viste la armadura del adalid y se calza la espuela de la caballería; pacífica hasta entonces, corre al encuentro de la muerte; holgada, se familiariza con la miseria; de vida luenga, robusta y bien entretenida, desata sobre su cabeza la podredumbre y el estrago de la peste; de manos usadas á manejar sólo la azada y el arado, empuña la clava, y sin causancio, sin vacilación y sin miedo sube, á la postre, á la cúspide de la victoria, y aparece ahora, en el panorama de las tradiciones, en la perspectiva del recuerdo, rodeada de los signos que atestiguan la grandeza de su condición: rota en sus manos la tajante espada, desgarrado el traje, pálido y manchado de pólvora, el rostro varonil, deshilachada á lo largo del asta la bandera querida; pero caída á sus plantas la cadena que se había forjado para ella, altiva y fulgurante la mirada, vestida con los esplendores de la gloria, y sellada sobre la frente con la marca que el martirio por la libertad coloca en las sienes de los redentores, escribiendo con su sangre, en las páginas de la Historia, la sentencia de Tácito: no hay fuerza extraña capaz de reducir á servidumbre las naciones; son la cobardía y el menguado carácter de los pueblos los que los sujetan á la mutilación y á la ignominia, á la degradación y al atropello, á la miseria y á las vergüenzas de la tiranía.

Existe, sin embargo, cierta tendencia á disminuir el valor de estas hazañas, para loar las cuales no encuentro yo excesivo el ditirambo; al mismo tiempo que algunos entusiasmos candorosos, que proceden de la inexperiencia, dan á la guerra contra el filibustero una importancia militar que no pudo tener, hay aquí, y en todo Centro América, en la gente enterada y culta, que ha viajado, que ha leído, que sabe lo que es un ejército y lo que es una batalla, desdén de reacción que no encuentro yo menos injustificado. El suceso no suele verse sino en el sentido del aumento ó en el sentido de la disminución de un antejo de teatro. Ya dejó fuera de duda que no abrigo el menor intento de confundir la campaña de la independencia centroamericana con las campañas de Alejandro el Macedonio, y mucho menos con los grandes conflictos modernos en que se colocan frente á frente algunos miles de cañones, y harto conozco que lo que suele llamar la atención del mundo y ser materia de comentario y de meditaciones es lo que hace mucho ruido, ó resplandece mucho, ó compromete muchos intereses, ó excita muchas y poderosas ambiciones. Estimo, sin embargo, que el valor moral de los hechos humanos no depende de esas circunstancias, con frecuencia externas, y estoy en la convicción fácil, de comunicar á los que me oigan, de que los sucesos que conmemoramos, como se estudien bien, no sólo ponen como de relieve altas, y aun sublimes virtudes, sino que tuvieron consecuencias tales y tan estrechamente con ellos enlazadas, que no vacilo en colocarlos, en ambos conceptos, entre los más grandes y trascendentes que han dado aliento á los clarines de la fama. Es inútil, y sería acaso indecoroso insistir ahora en lo que originó aquella invasión de aventureros y de hombres equivocados, traída á Nicaragua para ayudar el triunfo de un partido político interior sobre otro partido nacional en virtud de deslumbramientos que tienen explicación y disculpa y de pasiones á demencias irresponsables muy análogas. El jefe de los invasores extranjeros, cualesquiera que fuesen sus prendas personales, á que no hay motivo para excusar la debida justicia, era sobretodo un ambicioso, un hombre que buscaba el camino del medro; que se había ensayado sucesivamente como médico, como abogado, como periodista, como hombre político, sin encontrar la mina que apetecía y que, tras esas derrotas, concibió un día, ó más bien una noche de fiebre, la empresa audaz de extender

el esclavismo norteamericano por las regiones de la América Española. Bueno es recordar que el esclavismo norteamericano vivía en esos momentos lleno de angustia por la guerra constante que le hacían las generosas ideas abolicionistas de la servidumbre del negro en la gran República de Washington, y que su empeño de preferencia era el de extender la órbita de la institución infame, para contrarrestar, con tierras ricas y colmadas de siervos, con territorios que podían convertirse en Estados de la Unión Norteamericana, y llevar miles de ciudadanos nuevos, esclavistas, á la urna y decenas de votos nuevos esclavistas, al Senado; para contrarrestar, digo, con esos elementos la ola de indignación cristiana que estaba viendo subir con sobresalto en los mares de la política nacional y que podía sobrepasar de un momento á otro las murallas de su tráfico indigno. Walker, como todo aventurero, tenía los bolsillos llenos de diccionarios; decía al iluso demócrata de Nicaragua, vamos á importar á vuestro país la democracia; decía al codicioso comerciante de uno y otro suelo, vamos á garantizar la paz en que el comercio vive; decía á ciertos hombres candorosos, que estaban al alcance de su influjo, vamos á extender los dominios de la libertad y la justicia por el mundo; pero sus diálogos sinceros eran con el soldado de fortuna, con el mercenario, con el *bravo* moderno, con el *condotiero*, cuyas miras eran idénticas á las suyas, y con el esclavista, con el negrero norteamericano, en cuyo poder tenía confianza y cuyo oro lo atraía. Creyó, con desprecio, no del todo por nuestra gente inmerecido, que la América Española era tierra propicia para sembrar la esclavitud, y si hubiera triunfado, agrandada la codicia, exaltada la soberbia, gloriosa la piratería; ¡cómo se hubiera establecido en poco tiempo y sin grandes obstáculos, cómo se hubiera fijado en estas comarcas el puente por donde, no ya el *yankée* emprendedor, amigo del lucro, pero respetuoso del ajeno derecho y cristiano, sino la espuma del mundo, los devotos de todos los países de la fortuna rápida hecha sin conciencia, hubieran inundado la América Española, sustituyendo nuestra raza, arrancando de cuajo nuestras instituciones y nuestras ideas, extinguiendo nuestra sangre, apagando los resplandores y ensordeciendo las armonías de nuestra lengua, borrándonos del mundo y de la historia y ¡oh desgracia sin nombre! afianzando, robusteciendo, haciendo invencible la ignominiosa esclavitud de las razas más ignorantes y más débiles; haciendo imposibles las hazañas de un Sherman y de un Grant, que miro yo, y que miráis sin duda vosotros, como hazañas de Arcángeles de luz contra el Príncipe de las tinieblas; haciendo imposible que la pluma de un Lincoln rompiera en un minuto la cadena de cinco millones de esclavos; haciendo imposible que se hundiera para siempre en el mar el monstruo más horrible de cuantos han visitado sus abismos, el barco del negrero, ocultando con el eclipse de titánica sombra ese foco de luz, ese sol de la vida moral, que las instituciones de la República Norteamericana difunden en torrentes de esplendor sereno, y en calor de energía y de libertad por todas las regiones de la tierra.

No voy, por supuesto, á hacer, ni siquiera en resumen, la historia de aquellos acontecimientos: eso no cabe en los límites de una conferencia; trato sólo de recordarlos en rápida síntesis: trato sólo de que resalte la tesis histórica que se desprende del suceso; la afirmación heroica de la independencia y de la personalidad de todo Centro América, y de una manera bien característica de Costa Rica. Los hechos, por otra parte, no son tan antiguos que sea tarea interesante irlos á buscar para vosotros entre la niebla del pasado. ¿Quién no recuerda aquí, por haberlo leído ó oído, muchas veces, el conjunto de

aquellas luchas entre *legitimistas* y *demócratas* en Nicaragua; cómo los segundos llamaron Walker y á su gente; cómo en poco tiempo, apesar de algunas resistencias denodadas, se adueñó de aquella República; y cómo cuando se llamaba Comandante de sus fuerzas, consintiendo á su lado la sombra y el nombre de un gobierno del país, del que su propia voluntad era el criterio y el único resorte, envió Comisionados á los EE. UU. del Norte y á Costa Rica, y notas semi-amenazantes semi-amistosas á las demás repúblicas del Centro, procurando entablar relaciones y que se aceptara el crimen consumado y se tomara en serio el aparato de gobierno nacional republicano que sostenía él con las bayonetas de su tropa. Pero al llegar á ese punto en la corriente del recuerdo, la justicia exige que nos detengamos un instante; porque, por mucho que se haya sospechado que el gobierno norteamericano de aquel tiempo miraba con grande simpatía la tarea y el éxito del audaz aventurero, precisa reconocer que sus procedimientos oficiales fueron de una corrección escrupulosa, y que trató alguna vez con singular desembarazo y máximo desprecio al iluso Agente del flamante pretense gobierno de Nicaragua, quien invocaba, por cierto, el Derecho de gentes, por esa conducta, en su sacrosanta persona conculcado, cuando no era más que un correveidile de los que estaban conculcando todo el derecho humano; y porqué, por mucho anhelo que me mueva de respetar hasta lo sumo las más inquietas susceptibilidades, precisa reconocer ó importa recordar que los gobiernos de Guatemala, Salvador y Honduras, que en los primeros días de la invasión tuvieron algunos sobresaltos, manifestando disposiciones á terciar en la contienda, y terciando alguno de ellos en efecto, procedían guiados por consideraciones á personas y á partidos políticos, estando en los momentos de que hablo, sumidos en cabal indiferencia; mientras que Costa Rica, representada esos días de un modo inolvidable por el insigne don Juan Rafael Mora, y obrando con él en entusiasta acuerdo, despidió sin dejarlo hablar, y sin permitirle que pasara del puerto del Pacífico, al comisionado del usurpador y levantándose á una altura que bien medida se encuentra prodigiosa, sin mirar á hombres ni mirar á partidos, y aun teniendo que ver el peligro más grande en realidad de lo que era, lanzó su guante de pelea, ella, la pacífica por excelencia, á la hueste que por invencible entonces se tenía, para defender,—tal fué el lenguaje del Presidente de la República y del Congreso Soberano,—para defender á la República de Nicaragua y para arrancar del sagrado suelo de Centro América la invasión extranjera.

Tan pronto como el comisionado de Walker fué despedido de Puntarenas, Costa Rica se preparó para la guerra. Preparados estaban los filibusteros para hacerla: ese era su oficio, de la guerra y para la guerra vivían; matar hombres para ganar dinero;—esa era su profesión, ese su ideal. Pero éste era un pueblo de labriegos, de gente á la que le gustaba trabajar, descenajar la selva, romper el terrón, sembrar la vida para recoger la cosecha con el pecho sereno; mas la tarea que á medio concluir sorprendió el llamamiento de la patria, allí, sin concluir, se quedó interrumpida; era pueblo sin grandes riquezas y con gobierno que no le metía la mano en el bolsillo, sino que, si necesitaba su dinero, se lo podía con la mano extendida en nombre de la patria; pero dinero no faltó para la batalla. Tan pronto, repito, como el comisionado de Walker fué despedido de Puntarenas, Costa Rica se preparó para la guerra. Tan pronto como supo Walker el desaire, declaró la guerra y la hizo declarar al sedicente gobierno de Nicaragua que tenía bajo la mano, y en seguida que la declaró, ya venía de camino la tropa encargada de

castigar y de conquistar á Costa Rica: de prisa vinieron los conquistadores, pero no estaban sino en Santa Rosa, inmediata á la frontera, cuando les dió el alto el ejército de Costa Rica. En Santa Rosa estaban, hacienda que era una fortaleza, así lo declara Walker en sus memorias, «donde todo nos favorecía, agrega, donde no se concibe que fuéramos derrotados, sino con derrota ignominiosa, con humillación de que en los anales de la América no hay ejemplo alguno;» pero, así y todo, allí fueron derrotados. Pudo, debió acaso, el general de Costa Rica no empeñar en Santa Rosa la acción; pudo, debió acaso, vigilar al enemigo, estudiar sus movimientos, sorprenderlo en su marcha, en posición formidable, en emboscada bien dispuesta, matándolo sobre seguro, casi sin peligro, sin que escapara uno solo de la hábil asechanza: eso aconsejaba acaso la estrategia: la colera impetuosa, el valor irreprimible de los costarricenses no anduvo en esos cálculos ni en esas estratagemas; allí, sobre las trincheras casi inexpugnables que formaban los corrales de la hacienda, y en que estaban las fuerzas invasoras guarnecidas; allí, á campo raso, en que estaban esparcidos, en su habitual guerrilla, los rifleros casi infalibles en el tiro; alemanes, norteamericanos, franceses, cazadores de hombres; allí como río que sale de su cauce, como huracán que se desata, cayeron los costarricenses bisoños sobre los conquistadores aguerridos; el Coronel Lorenzo Salazar atacó por el frente, el Capitán José María Gutiérrez por el fondo; por bravura rayana en arrebató, murieron pronto el Capitán José M. Quirós y el Teniente Rojas; pero crónica ¿quién la puede hacer ni para qué se necesita? «Fué el de nuestra tropa un terror sin medida, un pánico horrible,» dice Walker; «nuestro jefe—de propósito no lo mencionó, la historia puede hacerle la merced de su olvido; nuestro jefe, dice un oficial importante de los invasores, quedó pálido como la muerte al ver cómo avanzaban los costarricenses, pálido como la muerte, con las piernas temblorosas, con la voz anudada en la garganta.»

De las cinco compañías venidas para invadir á Costa Rica dos sólo resistieron el primer empuje, con el auxilio de los rifleros esparcidos en guerrilla que las acompañaban. «Parecía, dice el importante oficial á que antes me referí,—y que es testigo más que imparcial en este caso,—parecía el costarricense, no ejército de estas tierras, sino hueste europea, y era de ver la serenidad prodigiosa con que realizaba sus movimientos y cargaba sus armas en medio del humo y de los peligros del combate.» Catorce minutos contó en su reloj don José Joaquín Mora desde la primera descarga hasta la victoria cabal. Relativamente á la situación militar de que se trata, bien puede decirse: la duración de un relámpago y el efecto de un rayo. No sin estrago, por desgracia, en las filas de los que defendían su libertad y su derecho. Esa memoria, sin embargo, no puede ser luctuosa. El de la muerte y el de las torturas del heroísmo no es un recuerdo triste. Llénase de gozo y de luz el alma de los buenos con estas desgracias que dan testimonio de que la patria tiene suelo de granito y la libertad quien se ponga delante de ella en el peligro y el derecho quien le dé su carne. Echan á volar los pueblos sus campanas, y grita el clarín regocijado, y se estremece el parche y el cañón retumba con rugido sonoro cuando la patria se acuerda de estos muertos bien amados y de estos inválidos gloriosos. No, no puede ser gemido de amargura, sino hosanna entusiasta, el que provoque la evocación de esos héroes caídos. Manchado de propia y ajena sangre, negro por el humo, sucio por la pólvora, es como está de gala el estandarte de la patria, si como en la hacienda de Santa Rosa se amenaza de yugo su libertad y de mancilla su honra. Con

esa bandera, ya podía el ejército decir, sin jactancia, que estaba cumpliendo el encargo del Congreso: defender á Nicaragua y echar del suelo de Centro América la invasión extranjera; allí por Salazar y por Gutiérrez, por Rojas y Quirós, por Joaquín Ortiz y Clodomiro Escalante, por Carlos, Miguel y Jesús Alvarado, por Santiago Millet y Joaquín Fernández, por Velarde y Marín, por Felipe Ibarra y Macedonio Esquivel; allí por los muertos y los sobrevivientes, por los muertos sobretodo,—quedó consagrada esa bandera como lábaro de la defensa nacional, como oriflama de honor y de patriotismo, como símbolo del país, como emblema de vuestra nobleza hereditaria: el pedazo de trapo que pinta el pensamiento con sus colores. por el cual desaparecen las divisiones, cuando está en peligro,—formando un lazo que á todos los reúne,—para el que se vive con entusiasmo y por el que se muere con orgullo, que hace surgir donde quiera que flamee la patria entera con todos sus recuerdos sacrosantos, que visto después de larga ausencia arranca sonrisas á la desgracia y llena los ojos de lágrimas en la felicidad, que es resumen de lo que hay de más caro en la familia, de más puro en el amor y de más elevado en la vida: la santa, la querida, la reverenciada, la inolvidable bandera de la patria.

Y no fué éste de Santa Rosa el único laurel guerrero por Costa Rica en aquella campaña conseguido. El 20 de Marzo de 1856 se verificó la batalla de Santa Rosa, y el once de Abril de ese año trató de sorprender el mismo Walker á la fuerza costarricense que al mando del ilustre prócer, padre de la patria, del esclarecido don Juan Rafael Mora, Jefe de la República, se encontraba en la ciudad de Rivas, ya bien adentro de Nicaragua. No diré yo que, tanto por inexperiencia militar, como por arrojo bélico fuera del límite de la discreción, no se perdiera en aquel encuentro mucha sangre preciosa: bastaría para no decirlo acordarse de aquel héroe á la antigua, de aquel vuestro General José M. Quirós que, invitado por sus compañeros á inclinarse un tanto para resguardarse del peligro,—*los Generales no se agachan*, contestaba con altivez. Diré sólo que la victoria, en malas condiciones disputada y á bien alto precio obtenida, fué al cabo del ejército de Costa Rica. Lo niegan los contrarios; pero la regla, fácil de aplicar, para resolver estas disputas, que no suelen ser raras, entre dos ejércitos que se suponen al mismo tiempo victoriosos, es la de reconocer el triunfo al que permanece, concluida la lid, en la posesión del campo de batalla. Por sorpresa, dijeron alguna vez los invasores que habían sido derrotados en Santa Rosa; la que ellos realizaron en la ciudad de Rivas, por los costarricenses ocupada, no tuvo el mismo resultado. No hubo allí pánico, ni señales de flaqueza: peleóse por ambas partes con valor temerario; la constancia de los de Costa Rica obtuvo el lauro de la pugna, y maltrecho, desengañado y abatido, hubo de volver á Granada, de donde había salido para Rivas, el jefe de los invasores. Si ello cupiera en la rapidez de mi relato, más de un hecho insigne, más de un rasgo glorioso, lo esmaltaría ahora, apropiado de Rivas; allí murió el General Quirós; allí lució el General Cañas; allí Salazar, Argüello, Juan Alfaro, Santiago Millet y otros valientes; pero aun guardando silencio, por ahora, sobre la hazaña famosa en que todos tenéis de seguro, al oírme hablar de Rivas, detenido y á la vez palpitando el pensamiento, no puedo menos de recordar con reverencia á un soldado de Costa Rica, que sorprendido de centinela al comenzar la acción, y separado por las vicisitudes de la batalla del grupo de los suyos, permaneció en su puesto hasta que por la tarde, interrumpido el combate, vinieron á relevarlo en debida forma: no hay ejército del mundo que no hubiera de estar orgulloso de contar en sus filas un soldado

semejante. En Sarapiquí, con lustre para el General Alfaro y el Coronel Orozco; en el Sardinal, que fué gloria de Cañas; en San Jorge, en que se cubrió de laureles por su gallardía, el Teniente Coronel don Tomás Guardia, que con el tiempo había de gobernar esta República; en el combate naval del buque llamado «Once de Abril» con el «Granada» de los filibusteros; en otros choques de diversa importancia, y sobretodo, en la confluencia del Sarapiquí y el San Juan, antes de apoderarse de los vapores que por el río de este nombre comunicaba á Granada con el Atlántico, proporcionando al enemigo recursos de valor inestimable, demostraron los soldados de Costa Rica heroísmo y virtudes militares que tocan en lo inverosímil; en esta última oportunidad, principalmente, en que en balsas frágiles y en botes baladíes, cuando no marchando entre el agua y entre el lodo, atravesaron el San Juan con armas y bagajes, con penalidades, privaciones y peligros sin número, hasta derrotar al enemigo en «La Trinidad», después que en «El Castillo», apoderándose, al fin, de los vapores en el mar: la expedición á que aludo tiene carácter de leyenda; es de lo más hermoso que encierra la campaña, y el General Blanco, á cuyo cargo estuvo, así como los bravos que lo secundaron, ganaron derecho á las inspiraciones del poeta. Por cierto que, más tarde, atacadas en «El Castillo» las fuerzas de Costa Rica de él apoderadas, resistieron con prodigios de valor, distinguiéndose, así mismo, el extranjero Cauty, con servicios extraordinarios de bravura y destreza. Oportuno es decir en este momento que las demás repúblicas de Centro América enviaron, saliendo del marasino, fuerzas que coadyuvaran á la lucha contra los invasores, que habían acabado por enseñorearse sin disimulo del país, desconociendo Walker la sombra de gobierno nacional con que había temporizado al principio, obteniendo una mentida elección que lo puso con apariencia de legalidad al frente del Estado, y logrando más de una vez, por otra parte, que de los EE. UU. del Norte vinieran nuevos aventureros en su auxilio. Tanto los que servían al partido político de Nicaragua en cuyo daño se había fragnado la invasión, como los valerosos soldados de Guatemala, Salvador y Honduras, pelearon con admirable empuje muchas veces, lo mismo en Rivas, que en Granada y en Masaya, y los nombres de «Diriomo» y «San Jacinto» son suficientes para su orgullo y su renombre. Los prohombres del bando político á que antes aludí dieron más de una prenda de insuperable bizarría, siendo imposible dejar en el olvido al eminente patriota y estadista don Pedro Joaquín Chamorro, que tanta grandeza había de mostrar más tarde en el servicio de su tierra; y algunos de los mismos políticos que apadrinaron, ciegos por el encono, la invasión extranjera, acabaron por prestar mano fuerte para combatirla, caída la venda ante la ambición desapoderada y cruel y ante los planes esclavistas de Walker. Triste es acordarse de las discordias traidas por celos pueriles y otras pasiones de la misma índole entre los jefes de los ejércitos aliados de Nicaragua, Salvador, Guatemala y Honduras; y no deja de ser un gran consuelo que la gente de Costa Rica no anduviese en manera alguna mezclada en esas divisiones que tanto hubieron de debilitar á Centro América. Cúpole, por lo contrario, la honra señalada de que, habiéndose hecho evidente que entre aquellos jefes era imposible todo acuerdo, recayese para mandarlos la elección común en el General de esta República don José Joaquín Mora, que por esa suerte, cuando caído Walker de sus ilusiones por la tenaz resistencia que se hizo general contra su mando, cediendo al desaliento y á las discretas y generosas gestiones de un norteamericano imparcial y humano, el capitán Davis, de gratísima memoria, se dispuso á abandonar su

empuje; que por esa suerte, digo, el día 1.º de Mayo de 1857 firmó como Jefe de los ejércitos aliados las paces ajustadas para que, saliendo de Centro América los filibusteros, se restableciese en toda ella el imperio de la independencia nacional.

Victoria inmensa, por más que no todos quieran verla; vuelvo á esta idea, porque es la capital de mi discurso. No escasean los que la miran como insignificante; no falta quien como desventajosa la contemple. No es inaudito que el entusiasmo por ciertos progresos, la admiración merecida á que llevan ciertas aptitudes de otras razas, inspiren algo como la deserción cobarde de la propia, la renuncia de sus glorias, la desconsideración de sus grandezas, la apreciación parcialmente adversa de sus hazañas y de sus fatigas en la historia. Ni deja de haber quien tenga á menos todo movimiento de simpatía y de adhesión á lo que no se traduce en inmediatas ventajas materiales. Porque siento y pienso de muy diverso modo, estoy aquí abusando de vuestra indulgencia. Sí, yo pienso, por lo contrario, que la indiferencia y el excepticismo podrán ser de buen tono, pero son al mismo tiempo, síntomas evidentes de una enfermedad moral desastrosa que consiste en que todo ideal se apague en la conciencia, todo entusiasmo noble se enfríe, todo impulso artístico se anegue, todo valor se abata, y seamos al cabo como piara de bestias y como rebaño de siervos, por añadidura. Yo no me asusto de que hubiera discordias y localismos en la guerra centroamericana y no suscribo por eso la tesis absoluta de la incapacidad política y social de Centro América; porque con la historia en la mano, estoy dispuesto á demostrar que esas son desdichas humanas que en las más grandes ocasiones y en las naciones más ilustres han acaecido, y que no indican mal alguno irremediable, ni son motivos de desesperación definitiva. Yo no me siento impulsado á reírme de vuestra guerra, por pequeña, como no se siente impulsado ningún suizo á reírse de las pequeñas campañas que forman la historia de su independencia nacional. Yo no considero que la guerra de 1856 ha de tenerse por cosa baladí, gloriosa sólo, como algunos dicen, para el intrépido Walker y para los aventureros que con él pelearon. Yo estoy, por lo contrario, impaciente de que se recojan los datos preciosos que aun existen, y que pueden perderse, y de que se escriba el libro que falta «Costa Rica en la campaña contra el filibustero» que será de grande enseñanza y de gloria indiscutible para el país. Yo estoy seguro de que muchos que desdeñan estos sucesos no hubieran sabido caer como el Capitán Quirós en Santa Rosa, diciendo, con sus últimas palabras á los que lo seguían: «entren Udes.»; no hubieran peleado á pecho descubierto el 11 de Abril atravesando las calles de Rivas en que la lluvia de las balas semejaba un tupido aguacero, no hubieran demostrado la impavidez sublime de aquellos héroes del combate naval con el «Granada», marinos de guerra improvisados que combatían con el agua y con el enemigo en un bario devorado por el incendio; no hubieran ido sobre las balsas que se deshacían y los botes que se volcaban á apoderarse de los vapores en el Atlántico después de derrotar á los que estaban en el camino de su empresa; yo no conozco en las grandes guerras y en los países famosos títulos de mejor derecho que los de vuestros héroes á la gratitud de los propios, al respeto de los extraños y á la inmortalidad de la historia. Yo no admito que haya en las anécdotas legendarias de un Guillermo Tell, que han dado tema á los poetas más nobles del mundo, mayores elementos de grandeza épica que otros que en vuestra campaña puede encontrar la Musa de la historia; yo no estoy dispuesto á ser cómplice del desdén injusto con que suelen mirarnos europeos y norteamericanos, explicable, con frecuencia, por su profunda

ignorancia acerca de nuestra vida y nuestra historia. Lo que la experiencia proclama es que gente sin costumbre de pelear, sin noción práctica de la guerra, es fácilmente derrotada por los que están familiarizados con el fusil y con la pólvora; que en todas partes unos cuantos soldados ponen en fuga á una multitud por el simple efecto del uniforme y de la disciplina, y que para los bisoños costarricenses, aquellos americanos rifleros con quienes iban á encontrarse, debían asumir los caracteres de verdaderos dragones mitológicos, que hubiera sido natural y justificable que les inspiraran un terror invencible; lo que nos cuenta la tradición es que, con no pocos motivos para el error, aquí se creía al declarar la guerra que ésta podía ser en el fondo contra un enemigo apoyado en secreto por la inmensa fuerza de la federación norteamericana y que fué audacia casi sobrehumana alistarse en esas condiciones para la pelea; lo que nos cuenta la tradición es que no pelearon sólo los vuestros, como han solido hacerlo los héroes de las grandes resistencias populares, defendiendo la casa y la familia, en la patria pequeña, sino que fuisteis á tierra extraña, para defender la patria grande; que el cólera cayó sobre vosotros sin apagar vuestro ardimiento; que en vuestra sencilla y compacta democracia la guerra no fué pretexto de tiranías, ni manto de peculados ni origen de trastornos; lo que la conciencia dice es que hubiera equivalido á una castración ignominiosa para nuestra raza el dejar romper sus títulos de posesión en América, el dejarse explotar y suprimir á la manera de la raza primitiva; lo que la filosofía de la historia recuerda es que el triunfo de aquella piratería hubiera producido el desconcierto incurable del derecho de gentes en este continente espléndido, teatro entonces para lo futuro de la rapiña y el asalto. Pero he indicado ya,—é insisto ahora en ello,—consecuencia más grave para la derrota. Confieso que dudaba mucho, que tenía por mal averiguado antes del estudio hondo que ha inspirado esta conferencia, que fuera Walker un agente de los esclavistas, pero aseguro asimismo, que nadie que estudie el asunto puede abrigar la menor duda en la materia. Ahora bien, señores, ¿habrá tema más interesante para el historiador, motivo de mayor contemplación para el filósofo, de mayor inspiración para el poeta, que éste de que os hablo? La esclavitud del negro, y más tarde, por la fuerza de gravedad de los sucesos, por la pendiente y el declive natural de los humanos estravíos,—más tarde, probablemente, la esclavitud del chino y la esclavitud del indígena, extendiéndose como una úlcera colosal, como una gangrena pestilente, por estas tierras, las más bellas del planeta, el látigo de la servidumbre y el gemido de la víctima sonando más en nuestros bosques que sus árboles y sus aguas, la explotación de una riqueza infame, constituyendo aquí, con la esclavitud política que habría de ser su inseparable compañera, el régimen de la vida pública y privada, una barbarie nueva, con timbres y colores de civilización, espaciándose, como resurrecto imperio romano por estas democracias nacientes é inexpertas, que tropiezan, que caen, pero que marchan de seguro á la conquista del derecho y á la realización de los más altos ideales; y por contragolpe, por el efecto de una avalancha irresistible de moral miseria, por la podredumbre del aire, por el contagio inevitable, la federación norteamericana convertida en un gran bazar de esclavos y en una gran factoría de comercio; la cuna de Washington, la patria de Franklin, la tierra de Jéfferson y Hámilton, la nación de Líncoln, por el triunfo del esclavismo, para quien quiera que sea lógico, por la victoria de los planes de Walker inexcusable, corrompida hasta el hueso, entregada, sin defensa posible, al monstruo de la esclavocracia, que sin que Walker

venciera, sin que sus planes se coronaran con el éxito, estuvo á punto de triunfar, resistió con gigantescas convulsiones el asalto del abolicionismo; que no fué vencido sin estremecimientos de terremoto, sin erugido semejante al que produciría la ruptura del territorio norteamericano en dos porciones distintas, mediante una catástrofe geológica, pero que merced á una serie de victorias de las que la que hoy conmemoramos es factor y antecedente, hundiéndose para siempre en el polvo; para que pudieran repetirse, á pleno pulmón y con la frente enhiesta aquellas palabras,—Patria y Libertad,—que las espadas de Washington y Bolívar hicieron resonar con entusiasmo, de tierra en tierra, de un extremo á otro, en todo el continente americano.

Y si todo hombre de buena voluntad ha de tenerlos, vosotros tenéis motivos especiales para esta conmemoración solemne. No fué sólo vuestro el esfuerzo: en todo Centro América hay memorias santas y recuerdos gloriosos de la lucha. No estuvisteis solos, que grandes y generosas simpatías consolaron vuestros dolores y estimularon vuestro empuje,—y no me refiero á la tímida é interesada simpatía de Inglaterra; el Perú generoso, Colombia fraternal, manifestaron los nobles sentimientos que los animaban; el Cónsul de Chile don Eduardo Béeche, dió prendas de su entusiasmo por vuestra causa; franceses y españoles os prestaron servicios de importancia; la colonia alemana observó conducta tan cortés y cariñosa que todavía está viva la gratitud que en los buenos costarricenses hubo de despertar la magnanimidad y el acuerdo con que pusieron aquellos huéspedes su persona y sus bienes á vuestra orden para la salvación de la República; pero si, ni estuvisteis solos ni fuisteis los únicos soldados de la patria centroamericana, tengo placer en declarar, como hombre que no ha adulado una sola vez en su vida á un hombre ni á un pueblo, que fué singularmente bello vuestro papel en la campaña; que disteis las victorias más cumplidas y los héroes más altos al comun esfuerzo; que vuestro Cañas es una figura seductora, que recuerda al Hoche de los franceses y al Suere de los suramericanos; que vuestro José Joaquín Mora, si no famoso por grandes talentos militares, que no habfa tenido oportunidad de cultivar, lució condiciones distinguidísimas de inteligencia y de carácter, capaces de llevarlo con prestigio, y con prestigio conservarlo desde su nombramiento hasta los últimos días de la guerra, al frente de todo el ejército centroamericano; que vuestro Presidente de entonces, el inclito don Juan Rafael Mora, se destaca en medio de la crisis, como símbolo perfecto de aquella democracia purísima, como centinela desvelado de la patria, como guardador integérrimo de la confianza en él por vuestro pueblo depositada, como Magistrado modelo de los que llevan el timón con previsora prudencia si la mar está quieta y con arrojo obstinado si los vientos hierven y se alborota el océano; que fué, ya lo dije, pero me complace en repetirlo, símbolo cabal,—y no cabe elogio más envidiable y merecido,—de aquella Costa Rica sufrida, resuelta, heroica, generosa, que si ni en aquella época, ni ahora, gusta de arrebatos líricos para expresar la fraternidad centroamericana, dió en aquel momento extraordinario, como ha dado en otros muy recientes, testimonio bien elocuente de sentirla; un símbolo cuyos merecimientos claman por alguno de la gratitud pública en que se ostente su memoria. Un símbolo, pero no el único; tuvo otro vuestro pueblo, otro símbolo de grandeza tal, que tanta reverencia inspira, que tan reservado parece para los mármoles y los metales de la fama, para la palabra de los grandes oradores, para los poetas que con pluma de cóndor trazan sus estrofas, que, lo confieso, mi voz desmaya al tener que recordarlo, y

prescindiría yo, por respeto, de toda indicación á su persona, si fuera dable, sin sacrilegio incomprensible, hablar de la campaña del 56 sin mencionar al soldado de bronce, levantado ya en Alajuela, por la perpetuidad del cincel, sobre las aras de la religión cívica y del popular entusiasmo. Aquel hombre es, á mis ojos,—podrá ser que la simpatía los deslumbre,—la encarnación de vuestro pueblo, antes que por hombre extraordinario; antes que por personaje rarísimo, de aquellos de quienes se apodera la leyenda, de los que el arte idealiza, de los que la mitología transforma, de los que la fantasía dilata,—me encanta por lo que tiene de ordinario, por lo que tiene de común; por lo que, por lo mismo, tiene de simbólico; no es hombre educado aparte, producto de la herencia, resultado de un linaje de batalladores, nacido sobre el escudo, criado entre la lanza y el mosquete; que, con la sangre del padre, ó por el trato de camaradas de clase distinta de la suya, recibió los bríos; es fruto espontáneo de vuestra común familia, expresión de vuestro pueblo sencillo, robusto, animoso, es cuando más resumen y compendio de esta vuestra gente de brazo fuerte, de pecho bravo y de empuje tremendo; no es un accidente peregrino, es un tipo; no es un fenómeno anormal, es un dechado; pero aun cuando me equivocara en este juicio, haberlo producido es ya timbre bastante para que no volvais la vista con indiferencia, y para que no, por incuria, dejéis de volverla periódicamente hacia la época á que he dedicado este humildísimo esfuerzo oratorio en testimonio de mi cariño por vuestra tierra, y de mi entusiasmo por las empresas generosas. Ante el valor, en efecto, que consiste sólo en destruir con pujanza magna al enemigo, la historia admira; ante el que envuelve el sacrificio entero de sí mismo, la historia, bendice y adora; eso es lo que coloca la espina del martirio sobre todas las lanzas victoriosas; desafiar la muerte para destruir con mano segura al opresor, al adversario de la justicia y de la patria, eso es bello; transformarse en la hostia del deber, en la víctima propiciatoria que la abnegación demanda, dar su carne y su sangre por su causa, eso es sublime; hay en la temeridad del que pelea con riesgo y sale triunfante del peligro, algo que mueve el pecho al entusiasmo y hace batir las palmas; hay en la obstinación del que entra en la sirte del peligro cierto de que no ha de salir de ella, pero con la esperanza de salvar á los otros, algo que hace doblar las rodillas y bajar la cabeza; una batalla ganada, un trofeo conseguido en medio de las balas, un cañón arrancado á la contraria hueste, una plaza conquistada ó recobrada ¡qué gloria!—el cadáver de un mártir envuelto entre los pliegues de su bandera—¡qué inmortalidad para la patria! Esos muertos radiosos siguen, en efecto, por su memoria, conduciendo, excitando, haciendo invencibles sus falanjes; esas sombras son una protección: ese fantasma de vida perenne es un paladín. «El Mesón» era en Rivas una fortaleza, de donde, refugiado el enemigo, lanzaba con certera puntería el estrago sobre los soldados de Costa Rica; sin desalojarlo de allí es excusado pensar en la victoria; desalojarlo no es imposible; los materiales de que está hecha aquella fortaleza son fáciles de inflamar; reducido á cenizas «El Mesón», el adversario queda sin la ventaja que lo hace inexpugnable.—¿Hay un soldado que vaya á quemar «El Mesón»? pregunta el Jefe; un hombre se adelanta; para cumplir esa comisión, es preciso que sea el blanco de todos los tiros, á corta distancia, sin salvación posible; para cumplir esa comisión, es preciso que muera; lo sabe muy bien; lo único que le inquieta, acaso, es morir antes de cumplirla; va por entre las balas; antes de partir, dice á sus compañeros: «acuérdense de mi madre»—fuera del de Jesús, no hay en la historia testamento más

augusto; va por entre las balas; se acerca al «Mesón»; una bala atraviesa su brazo derecho, toma la tea con la mano del izquierdo; está junto al «Mesón»; lo matan, pero antes de morir, tiene tiempo de aplicar el incendio á la fortaleza. Es una historia muy corta: no hay adorno posible para ella; era impropio cerrar este discurso sin repetirla: es como una oración, como un amuleto, como una fórmula mágica para evocar el patriotismo. No era posible que terminara este discurso sin consagrar un recuerdo sencillo, grave, sin dibujo, sin color, sin arte, un recuerdo serio, solemne, como religioso, á Juan Santa María, al soldado inmortal de Costa Rica.

HE DIGHO.

